

## ALGO DEL HABLAR LITERARIO DE CHILE

De Arturo Aldunate Phillips

Editorial Nascimento

Con este comentario queremos rendir un modesto homenaje a quien fuera un brillante colaborador de Atenea. Dio prestigio a nuestra publicación, al igual que prestigio el nombre de Chile en el extranjero. Su muerte no fue sorpresiva porque desde hacía tiempo luchaba valerosamente contra el dolor y la enfermedad, entregando a diversos medios las expresiones de su preclaro talento y de su portentosa imaginación apoyada en sólidos conocimientos resultantes de múltiples estudios. Las cartas que periódicamente nos enviaba revelan la fortaleza de un hombre excepcional que anhela fervientemente unos años más de vida para terminar la obra que cree inconclusa. No se resignó a ser derrotado por la ceguera y resistió la colocación de un iris artificial que le devolvió parte de esa luz que era su herramienta de trabajo para asistir a conferencias, dar charlas, corregir notas y ordenar papeles. Tuvo todas las condiciones sobresalientes para ser considerado un personaje inolvidable. Su alejamiento definitivo nos ha privado de un amigo con el que recorrimos muchos caminos.

Con el libro *Algo del hablar literario de Chile*, Arturo Aldunate Phillips completó veintidós obras publicadas en Chile y en otros países. La serie se inició en 1920 con *Era una sirena*, un conjunto de poemas que fue recibido como *promesa* por los críticos de entonces. El autor era estudiante del segundo año de ingeniería, pero la motivación poética ya había tenido manifestaciones en las clases de Literatura de Samuel Lillo, en el Instituto Nacional.

Estos son algunos de los datos que, con mucho sabor anecdótico, encontramos en el libro de este escritor que en 1976 obtuvo el Premio Nacional de Literatura.

El otorgamiento del máximo galardón de nuestras letras dio lugar a elevados debates para definir el ámbito y contenido de la cultura, reanundándose la antigua búsqueda de los componentes del término humanismo. Y ello porque Arturo Aldunate había incorporado desde hacía décadas la inquietud científica al quehacer literario, en consonancia con lo que en Europa y Estados Unidos comenzaba a designarse como "humanismo científico". Según él mismo cuenta, así se lo hizo saber en Washington Richard Feynman, Premio Nobel de Física, al felicitarlo por sus trabajos que contribuían al mejor conocimiento del universo y del hombre. Cabe recordar que ya lo habían intentado antes Ortega y Gasset, al responder a la arrogancia de los especialistas; y el doctor Gregorio Marañón, al abrir nuevas ventanas para mirar la mente humana explorada por Freud más allá de las sombras del subconsciente y de los tormentos del sexo. Por eso a nadie pudo extrañar que en 1977, el Segundo Congreso Nacional de Filosofía se efectuara en Santiago con el tema central de Humanismo y Ciencia.

El antagonismo que se creía ver entre ambos sectores, se debía a la angustia provocada por las grandes comunidades industrializadas de nuestra época, con su técnica divinizada y el desamparo del ser humano inmerso en una profunda crisis existencial. Ya no se sabía — y tal vez ahora tampoco — dónde termina la ciencia y dónde comienza la tecnología, llegando casi a confundirseles. Algunos pensadores proponían, en su

desesperación, volver la vista hacia el humanismo renacentista y su rescate de las ideas universales de la antigüedad clásica, buscando la belleza a través del arte y la verdad mediante los primeros métodos experimentales.

Los verdaderos hombres de ciencia se percataron de que los caminos para la interpretación global del mundo no podían ser divergentes y que su labor sería incompleta si no intentaban una salida del túnel de su especialización. Y esta actitud comprensiva, por lo menos en nuestro país, tuvo un vigoroso estímulo en los ensayos de Arturo Aldunate, con títulos tan sugerentes como *Matemática y poesía*, *Quinta dimensión*, *Los Robots no tienen a Dios en el corazón* (Premio Atenea 1965); *Una flecha en el aire*, *A horcajadas en la luz*, *Los caballos azules* y varios más. Estos libros tratan del drama del hombre por penetrar en el tiempo y el espacio para investigar el origen de la vida. En otras manos la astrofísica sería insoportable. Arturo Aldunate la hizo atrayente y amena.

Su último libro no solamente ilustra con amenidad acerca de su vocación profesional, sino que aporta, además, su valiosa documentación para conocer aspectos ignorados u olvidados de algunos escritores chilenos, pues reúne comentarios publicados en distintas épocas, presentaciones de noveles autores que después se convirtieron en relevantes figuras y acerca de los cuales emitió certeros juicios. De Alone destaca su "luminoso don de la ironía". A Julio Barrenechea lo defendió con elocuencia cuando lo vio cubierto de vituperios por haber publicado *Rumor del Mundo* en plena Segunda Guerra Mundial: "fue uno de esos custodios de las cosas bellas, alegres, gratas, melodiosas", dice. Entre las numerosas semblanzas y recuerdos hallamos gente conocida, con la cual compartimos largas jornadas en viajes, en noches de bohemia y en tertulias periodísticas, como Diego Barros Ortiz, a quien llama "juglar y cóndor de los Andes"; Oscar Castro, en quien descubrió antes que nadie "sensibilidad y el aleteo mágico de la belleza escondida"; Pablo de Rokha, de resonancias monumentales; Andrés Sabella, Benjamín Subercaseaux y René Silva Espejo.

Arturo Aldunate fue un caso notable de hombre de cultura superior, sensible a todo lo nuevo, ensayista brillante, ingeniero y catedrático, ejecutivo de empresas y mecenas intelectual de poetas que necesitaban el primer espaldarazo para seguir buscando las huellas eternas del amor, del "claro vestido de cristal de la lluvia", como Juvencio Valle, del temblor emocional que surge en cualquier lugar, incluso dentro de una fábrica o en el interior de una mina de cobre o de carbón. Cosas que Arturo Aldunate escribió en 1936 sobre Pablo Neruda y en 1938 sobre María Luisa Bombal no han perdido vigencia. Adquieren nueva fuerza en estas páginas reunidas bajo el alero de Nascimento. Este libro es una evidencia del servicio grande que su autor le ha prestado al país al darle al arte cierto matiz de rigor científico y a la ciencia un poco de poesía. Tuvo la suerte de vivir todas las revoluciones de este siglo, sacando de cada una la esencia positiva y sin contaminarse con sectarismos. Tales revoluciones son: la social y económica, la tecnológica, la cibernética, la nuclear, la de las comunicaciones y la ingeniería genética, aunque de esta última bien se podría recordar lo que expresó en uno de sus ensayos: el alma es una serie de reacciones químicas y algo más.

Su impresionante currículo se inicia en el kindergarten de París, pasa por todos los grados de la educación chilena, exhibe una extensa lista de servicios públicos en la

docencia universitaria, en consejerías de reparticiones fiscales y en empresas privadas. *Lo novedoso de su obra*: el ensayo científico con belleza literaria, como lo manifestó el Jurado que le otorgó el Premio Nacional. *Lo útil*: entregarle al hombre común en lenguaje accesible "los beneficios intelectuales, materiales, morales o aun religiosos del continuo avance de la ciencia". *Lo más importante*: se dio tiempo para soñar y conducir a medio Chile rumbo a las estrellas.

TITO CASTILLO

## APROXIMACION EN EL RECUERDO

De *Luis Agoni Molina*

Impresos Alerce. Rancagua

El profesor Luis Agoni Molina, autor de numerosos estudios literarios, ha publicado un extenso ensayo biográfico sobre el poeta, cuentista y novelista Oscar Castro. Lo editó en Impresos Alerce de Rancagua, ciudad en la que ejerce su docencia y que fue también la "patria chica" de aquel gran valor de nuestras letras.

Es muy completa esta biografía, pues Luis Agoni ha tomado datos de las ya publicadas, complementándolos con investigaciones personales, entrevistas a parientes y testimonios de quienes lo trataron íntimamente. Oscar Castro nació en 1910 y falleció en 1947. Es decir, su vida fue tronchada antes de cumplir los cuarenta años y cuando estaba emergiendo con original fuerza expresiva.

Nosotros conocimos a Oscar Castro en 1938, precisamente el año en que apareció su primer libro, *Camino del Alba*, con prólogo de Augusto D'Halmar, nuestro primer Premio Nacional de Literatura. Habíamos ido a Rancagua a reportear para el diario "La hora" todo lo relacionado con una posible huelga de los trabajadores del cobre. El poeta era además cronista del periódico "La Tribuna" de su pueblo. Su profundo conocimiento de la zona fue un valioso apoyo para nuestro trabajo y para lograr contactos informativos en Sewell, Coya y Caletones.

Oscar Castro, como autor de cuentos, contribuyó a renovar este género literario y es oportuno citar algunos atractivos volúmenes: *Huellas en la tierra*, *La sombra en las cumbres* y *La comarca del jazmín*. Este último formó parte de la Colección "La Honda" dirigida por Nicomedes Guzmán y que se vendía por suscripciones. En la actualidad es una joya bibliográfica.

La obra de Luis Agoni se titula *Oscar Castro: Aproximación en el recuerdo*. Es realmente un acercamiento cálido y emotivo porque nos va describiendo la presencia humana del poeta, su extraordinaria capacidad para enfrentar adversidades y formarse a sí mismo. Es casi ignorado que Oscar Castro abandonó a medio camino sus estudios secundarios. Pudo superar la ausencia de educación sistemática avanzada gracias a sus excepcionales dotes de autodidacta, hasta el punto de constituirse en profesor de castellano sin título. Sus mejores obras, sin embargo, son las póstumas. Cuando aparecieron *Glosario gongorino* en 1948; *Llampo de sangre* en 1950 y *La vida simplemente* en 1951, el país se percató